

Una reflexión sobre las redes sociales.

Por Federico García Posada

Hace poco publicamos algunas reflexiones de un padre de familia, a propósito de las redes sociales. Hoy quiero compartirles algunas ideas y experiencias sobre el asunto, nacidas de mi condición de maestro, de padre de familia y de ciudadano observador del discurrir cotidiano.

Empiezo por recordar el tiempo lejano de mi adolescencia. No había por entonces ni asomo de redes sociales o internet. Las cartas y los telegramas, al lado del teléfono, constituían la única posibilidad de comunicación distinta de la conversación o del encuentro cara a cara, pero estos medios estaban reservados a los mayores. La intimidad estaba fuertemente asociada al secreto y su preservación se basaba en el supuesto casi siempre acertado, de que nuestro interlocutor mantendría en reserva las confidencias que intercambiáramos. Chistes, anécdotas, comentarios de doble sentido propios de la adolescencia, estaban destinados a morir en el olvido.

Nunca faltaron comentarios mal intencionados, rumores o chismes, lanzados con la clara intención de dañar a alguien. El medio empleado le daba al difamador cierta seguridad de que no sería descubierto, pues no quedaba más registro que la memoria.

Los niños y los adolescentes de hoy, llegan al mundo de las relaciones sociales exactamente con las mismas motivaciones que teníamos en mi tiempo y en el de sus padres en general. También, como uno mismo lo hacía, claman por el derecho a la intimidad. Y en nombre de ese derecho, usan las redes sociales para darle rienda suelta a sus fantasías. **Esas fantasías ocupan con respecto al crecimiento, el mismo papel que los juegos en los más pequeños. Son una especie de preparación para la vida adulta.**

En otros días los padres y los maestros tenían muy pocas posibilidades de acceso al flujo de mensajes entre los niños y los jóvenes. De tarde en tarde aparecía algún cuaderno con un dibujo de regular calidad, pero de clara orientación sexual. Otras veces, un niño llegaba al colegio con una revista como Playboy y no faltaba el caso del jovencito que le contaba a sus padres o al maestro, el comentario sexualizado de un compañero. Cuando algo así sucedía -y era muy escaso-, los colegios citaban a los padres y con mayor o menor énfasis, procuraban corregir si no la conducta del supuesto infractor, al menos la posibilidad de que algo así se presentara de nuevo. No recuerdo ningún caso, en mi carrera de casi 40 años como maestro, en el que estas situaciones se repitieran por más de uno o dos años con los mismos protagonistas. Y en todos los casos, pasados dos o tres años, ya los hechos se habían olvidado del todo por los padres y los niños. Tan solo los maestros, por motivo del oficio, conservábamos una memoria duradera.

A medida que íbamos creciendo, los comentarios sexuales, los chistes de doble sentido o expresiones injuriosas, iban también disminuyendo hasta casi desaparecer del todo, para reaparecer en la vida adulta en las reuniones de amigos, atemperadas, moderadas en alto grado y, por qué no decirlo, gozando de una cierta aceptación social. Por supuesto sabemos de ambientes y personas donde esto no ha sucedido así y más bien, con los años, se fortalecen esos comportamientos.

Los padres no tenían nunca, con las pocas excepciones señaladas, ni idea del contenido de nuestras conversaciones. No obstante, teníamos muy claro que no eran muchas de ellas

conversaciones presentables. Por esa razón, procurábamos mantener esas conversaciones lejos del alcance de los mayores. En algunos ambientes, un poco más severos, los adultos tomaban precauciones para evitar el intercambio de expresiones obscenas: La prohibición expresa de conversar fuera de la vista de los padres o maestros y de estar en algunos lugares, más sutiles técnicas de escucha, permitían mantener el control sobre la palabra de niños y adolescentes.

Hoy por hoy los adultos tenemos posiciones muy definidas sobre este asunto. Tan definidas, que implican puntos de vista diferentes **y a veces opuestos** sobre la vida social, la cultura y por supuesto sobre la educación de la niñez y la juventud.

Pero en lo que si ha cambiado de manera fundamental el mundo, es en la misma idea de intimidad: Los niños y los jóvenes usan las redes sociales para manejar sus relaciones, mejor dicho aun: para aprender a manejar sus relaciones. En sus casas reivindican ante los padres el derecho a la intimidad, para evitar que sus ingresos y recorridos por las redes sociales sean conocidos por los mayores. Pero lo que no pueden manejar, lo que les queda imposible evitar, es la presencia vigilante de sus padres en la red...

Si hace diez años uno de cada trescientos niños era "descubierto" diciendo groserías, hoy casi todos pueden serlo a menos que acudan a fórmulas muy peligrosas, como la suplantación de identidad... Antes los niños no tenían que mentir para poder intercambiar sus experiencias de toda índole con los demás. Ahora en cambio, muchos mienten sobre su edad para poder ser admitidos en las redes sociales. Hay padres que creen que sus niños tienen que ser inducidos por otros a cambiar la fecha de nacimiento. Qué poco conocen a sus hijos. La sola expresión "Para poder ingresar a esta red usted debe ser mayor de 14 años", ya invita de manera expresa a los niños a declararse mayores de veinte. Hay casos de niños que mantienen varias cuentas dentro de las redes sociales, con identidades o "perfiles" diferentes. Cada vez que entran, algo aprenden.

Nunca mi madre conoció el contenido de mis conversaciones adolescentes. Ella, que era una mujer inteligente, lo suponía. Y sobre la base de sus supuestos, me orientaba. No recuerdo que me hubiese preguntado jamás algo así como "Cuénteme usted de qué está hablando con Fulanito". Con toda seguridad de haber oído aquellas charlas, me habría reconvenido y quizás habría llamado a la mamá de mi amigo a quejarse.

El verdadero problema moral que enfrentamos los mayores -y que sin darnos cuenta estamos evadiendo-, es qué tipo de relación estamos construyendo con los menores.

A mí no me gusta ni como maestro, ni como padre o como ciudadano, el intercambio de vulgaridades entre la gente. No lo practico. Más aun, ni siquiera tengo cuenta en alguna de las redes sociales. Hace unos meses cancelé mi membrecía de facebook, cuando comprendí que podía estar amarrando mi intimidad a una nube cuyo propietario no conozco pero que con seguridad lo tiene. Y por el riesgo de ser suplantado, lesionado en mi honra o simplemente intranquilizado. Y más aun, porque no me reporta absolutamente ninguna utilidad. Esas redes a mi juicio son, como mínimo, una lamentable forma de perder el tiempo. Pero allá cada cual.

No quiero por ningún motivo, ser espiado ni en la red, ni en mi casa ni en mi trabajo. Pero con esas redes, estamos acostumbrándonos a que la intimidad es imposible, porque casi nadie quiere vencer la tentación de afiliarse a twitter, myspace o facebook.

Estamos viviendo un fenómeno muy nuevo y nuestra capacidad de respuesta como padres, maestros o simples ciudadanos, no va tan rápido como estos cambios tecnológicos. Más difícil aun es para los niños acomodar sus principios morales, apenas en formación, a esta nueva realidad.

Hoy tenemos la tendencia a reaccionar de manera muy fuerte cuando nuestros hijos se ven implicados en los ciberincidentes. La energía de esas reacciones, es directamente proporcional a nuestra incomprensión del fenómeno.

Por pura precaución, tengamos en cuenta lo siguiente: Mi acceso a las redes sociales a título de padre o mayor, puede dejarme conocer algo sobre otros niños. Incluso hasta sentiremos la inevitable tentación de calificarlos, juzgarlos y condenarlos. Pero no nos engañemos: ni así podremos saber un ápice sobre nuestros propios hijos. Y **desde mi punto de vista, mientras más violentas sean nuestras reacciones contra otros niños, más difícil será que nuestros propios hijos abran la conciencia a la mirada paterna.**

Hay otros casos de la vida real que quizás nos sirvan para orientar la reflexión. Por ejemplo, bien valdría la pena usar como ejemplo lo que está ocurriendo con la filtración de los secretos diplomáticos de los Estados Unidos para preguntarnos: Qué es más grave: El contenido de los mensajes o el hecho de haberlos puesto al descubierto. Los Estados Unidos no vacilan en calificar de Terroristas a los señores de la red Wikileaks, dada las graves consecuencias de esta divulgación. Otros, en cambio, juzgan que el peligro está en el manejo que Norteamérica le da a sus relaciones con los demás países y que Wikileaks puso al descubierto.

No es fácil resolver este asunto. A lo mejor estos hechos tendrán el carácter de un acontecimiento fundador de una nueva concepción de la diplomacia o de la intimidad. No lo sé.